



# El poder de la lengua como símbolo de identidad nacional: el caso de la Federación Rusa

Alumna: Cristina Pérez de Lope

Titulación: Grado en Traducción e Interpretación

Directora: María Luisa Romana

Facultad de Ciencias Humanas y Sociales

Madrid, 17 de junio de 2015

## ÍNDICE

CAPÍTULO I.....	4
Introducción.....	4
Objetivos del estudio .....	5
Preguntas de investigación .....	6
Hipótesis.....	6
Marco temporal .....	7
Marco geográfico.....	7
Metodología.....	7
Marco teórico.....	8
Constructivismo social .....	8
Vitalidad etnolingüística.....	9
Instrumentalización lingüística y manipulación lingüística .....	9
Purismo lingüístico.....	10
Poder blando ( <i>Soft Power</i> ).....	10
Estado de la cuestión .....	11
CAPÍTULO II.....	16
Relación entre la identidad post-soviética y la lengua rusa.....	16
2.1 Identidad rusa postsoviética .....	16
2.2 Introducción a la lengua rusa .....	19
2.3 Relación entre conceptos: <i>russkost</i> .....	22
CAPÍTULO III .....	23
La estrategia cultural lingüística durante el mandato de Vladimir Putin .....	23
3.1 Tratamiento de la lengua rusa: de la degradación lingüística bajo el mandato de Yeltsin al purismo de Vladimir Putin .....	23
3.2 Políticas lingüísticas internas .....	26
3.3 Lenguaje y política exterior .....	31
CAPÍTULO IV .....	33
Conclusiones.....	33
Bibliografía.....	35

## Lista de abreviaturas

CEI: Comunidad de Estados Independientes

CSIS: Center for Strategic and International Studies

EEUU: Estados Unidos

ESN: Estrategia de Seguridad Nacional de 2009

OSCE: Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa

OTAN: Organización del Tratado del Atlántico Norte

UE: Unión Europea

URSS: Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas

## CAPÍTULO I

### Introducción

En 1991 la Unión Soviética se convierte en el gran perdedor de la Guerra Fría, conflicto que marcó las relaciones internacionales de la segunda mitad del siglo XX y cuyo desenlace marcaría las del posterior siglo XXI. De la noche a la mañana, el golpe de estado contra el gobierno de Mijail Gorbachov ponía punto final al proyecto político de Lenin y Stalin. De un solo estado nacerían quince repúblicas socialistas soviéticas, lo que cambió drásticamente el mapa geográfico, político, económico y social de Europa. A partir del proceso de desintegración de la URSS, este país de arraigada tradición imperialista, que pasaría a llamarse «Federación Rusa», se veía en la obligación ontológica de encontrar una nueva fórmula que, por un lado, pudiese mantener la unidad de *Todas las Rusias* y que, por otro, sirviese para promover los intereses de la Federación Rusa en las repúblicas exsoviéticas. La credibilidad y confianza en el sistema comunista se había esfumado en un abrir y cerrar de ojos, y el Kremlin, para recuperar su estatus de potencia mundial, tenía que valerse de nuevos mecanismos para mantener la estabilidad y recuperar la integridad nacional de un país obligado a lidiar con la complicada virtud de la multiculturalidad. Es aquí donde la relación entre lengua e identidad cobra protagonismo: en el caso de la Federación Rusa, esta cuestión parece haber adquirido una utilidad política trascendental; un fenómeno al que hemos dedicado el objeto de este trabajo.

El presente Trabajo de Fin de Grado pretende analizar el tratamiento político que el Kremlin ha hecho de la lengua rusa a partir de la desintegración de la Unión Soviética. Queremos determinar hasta qué punto se ha convertido en una herramienta de poder político para promover la cohesión y la estabilidad social y para fomentar los intereses de la Federación Rusa en el exterior. Intentaremos determinar la utilidad que ha podido tener la lengua en el proceso de recuperación política, económica y social valiéndonos de un análisis tanto teórico como práctico. Con el fin de producir un trabajo coherente y estructurado que responda a nuestros objetivos, hemos intentado acogernos a las teorías e ideas más relevantes sobre el tema, conscientes de que la indagación sobre la identidad rusa es una cuestión muy compleja que precisa de más tiempo y espacio. Asimismo, es importante mencionar que el debate académico sobre esta

cuestión está disperso entre un gran número de disciplinas y escuelas, por lo que es un ámbito que todavía necesita mayor especialización y cohesión.

### Objetivos del estudio

Nuestro objetivo es proporcionar un análisis crítico sobre el papel que ha desempeñado la lengua rusa en la construcción de la identidad nacional tras la desintegración de la URSS, y cómo se ha convertido en una herramienta de cohesión social y de «poder blando» (*soft power*) a ojos del Kremlin. A través del estudio de las políticas lingüísticas, intentaremos averiguar si bajo el mandato de Vladimir Putin se ha promovido una cultura de lenguaje proteccionista y purista y, de ser así, qué utilidad encuentra el gobierno ruso en dicho tratamiento de la lengua.

Para definir la cultura de lenguaje repasaremos la cuestión de la identidad rusa postsoviética a partir del tratamiento político que ha recibido la lengua rusa. Además, revisaremos el debate ideológico sobre el lenguaje entre puristas y liberales, y analizaremos las principales políticas e iniciativas lingüísticas ejercidas por el gobierno de Vladimir Putin. Así obtendremos dos visiones del tratamiento lingüístico en la Rusia postsoviética: una dimensión interna, mediante el análisis de la lengua como elemento de *rusificación*, es decir, de unidad nacional, y una externa a través del estudio de la difusión y promoción de la lengua rusa más allá de las fronteras nacionales, es decir, el análisis de su labor como arma de poder blando.

En resumidas cuentas, este estudio pretende arrojar algo de luz sobre la importancia que ha tenido el tratamiento del ruso en la creación de la identidad nacional postsoviética, lo que de alguna manera nos llevará a comprender el porqué del rumbo que están llevando las políticas lingüísticas proteccionistas del gobierno de Vladimir Putin. De manera indirecta, estaremos analizando el origen de los intereses y objetivos que actualmente ocupan y preocupan al Kremlin, como son la cuestión de la diáspora, el miedo a las revoluciones de colores y la consolidación de Rusia como potencia mundial en el concierto de las naciones. Todo ello a través del prisma de la lengua.

### Preguntas de investigación

¿Puede el lenguaje ser una herramienta de poder político? ¿Qué importancia puede tener la lengua en la construcción de la identidad nacional?

¿La cultura de lenguaje durante los mandatos de Putin es purista? ¿Qué relación tiene la protección de la lengua rusa con la promoción de los intereses del gobierno de Putin? ¿Con qué fin se protege la lengua? ¿Favorece dicha estrategia cultural a la consecución de los intereses rusos? ¿Qué utilidad tiene la lengua rusa en la difusión de la cultura de la diáspora en el antiguo espacio soviético?

### Hipótesis

Nuestra hipótesis parte de las ideas de Thomas Saunders (1994), Ralph W. Fasold (1983) y Stuart Hall (1996) sobre el papel que desempeña la lengua en la construcción de la identidad nacional, y como, en consecuencia, puede convertirse en una pieza esencial del proyecto político de los estados. La lengua tiene la fuerza de atravesar fronteras, de unir o enfrentar pueblos, etnias y religiones, y de crear un sentimiento de pertenencia hacia un elemento tan abstracto como puede ser la nación. Y es que la lengua no solo es comunicación; también es poder. Está presente tanto en la identidad personal como en la colectiva, y por ello creemos que en el caso de la Federación Rusa ha recibido un tratamiento especial en el ámbito político. Tras la caída de la Unión Soviética, Rusia pierde el hilo conductor de su cohesión social: la identidad ideológica transmitida a través del comunismo. Es entonces cuando se enfrenta al siguiente desafío: conservar la unión y la estabilidad en un país multinacional, multiétnico y multicultural. Basándonos de las teorías constructivistas de Manuel Castells (2004) y Benedict Anderson (1993) sobre la construcción de la identidad, proponemos la hipótesis de que la lengua rusa se ha convertido en un elemento primordial de la estrategia cultural del Kremlin bajo la dirección de Vladimir Putin, y que se está empleando como una herramienta de homogenización social y de poder blando.

### Marco temporal

Para precisar mejor el objeto de estudio, se ha decidido limitar el marco temporal a los tres mandatos presidenciales de Vladimir Putin de 2000-2004, 2004-2008 y 2012-2018. Para dejar un margen de análisis con respecto a la actualidad internacional, limitaremos el actual mandato al año 2013.

### Marco geográfico

El marco geográfico de este trabajo se centra principalmente en la Federación Rusa y de manera secundaria en los países del antiguo espacio soviético, lo que nos proporcionará una visión de la identidad nacional rusa postsoviética a partir de la relación que Rusia mantiene con sus países vecinos.

### Metodología

El método que predomina en este Trabajo de Fin de Grado es el método descriptivo. Hemos seguido una dinámica teórica multidisciplinar, ya que el estudio del espacio postsoviético y de sus cambios estructurales requiere una perspectiva académica amplia de las Ciencias Humanas y Sociales.

Es importante subrayar que, aunque el ámbito del espacio postsoviético cuenta con un sinnúmero de estudios que recorren y analizan todos los aspectos de la realidad social de la región, el tema de la lengua rusa en relación con las políticas culturales de la Federación no es un tema recurrente en los estudios de habla inglesa o hispana. Consecuentemente, la bibliografía más específica sobre leyes lingüísticas o normas culturales rusas, está restringida por nuestro limitado conocimiento de la lengua rusa. Nos hemos tenido que apoyar en análisis sobre manipulación lingüística de Luke y Fairclough (1998, 2001, 2004), y en los estudios de Michael S. Gorham (2000, 2004) sobre política lingüística en Rusia. A través de estos, hemos podido comprender y analizar el contenido de dichas políticas (aunque, por desconocimiento del idioma, no hayamos podido analizar directamente al contenido original de estos textos). En futuras investigaciones, sería recomendable contar con el apoyo de un traductor de lengua rusa para ampliar el análisis.

El presente Trabajo de Fin de Grado se divide en cuatro capítulos. Tras la introducción y la presentación de los principales debates conceptuales en el estado de la cuestión, el capítulo II examina la relación entre la identidad postsoviética y la lengua rusa a través de: (i) un análisis de los dilemas en torno a la identidad rusa; (ii); una exposición sobre los orígenes de la lengua rusa y (iii) una descripción de la relación entre conceptos (identidad-lengua). En el capítulo III repasaremos la evolución de la estrategia cultural respecto a la lengua durante la presidencia de Vladimir Putin, donde observaremos (i) las diferencias entre el tratamiento de la lengua rusa bajo las políticas liberales de Yeltsin y las políticas más conservadoras de Putin; y (ii) las políticas normativas de carácter purista que se han llevado a cabo desde el ascenso de Putin al poder tanto en el ámbito doméstico como en el exterior. Esto nos llevará al cuarto capítulo, en el que expondremos nuestras conclusiones finales.

### Marco teórico

A continuación exponemos sucintamente las teorías de las Ciencias Sociales que predominan en el presente trabajo:

#### **Constructivismo social**

El constructivismo social es una corriente que rompe con las ideas estáticas y materialistas del realismo que han dominado durante el siglo XX los debates académicos de las Ciencias Sociales. Partiendo de las ideas de Alexander Wendt (1999), el constructivismo entiende el mundo en el que vivimos como una construcción social, una estructura dinámica a la que dan forma los aspectos sociales y relacionales de nuestro día a día. Así, a ojos de los constructivistas, cobra especial protagonismo el estudio y análisis de ideas, pasiones, impulsos y percepciones (Wendt, 1999). Por tanto, el sistema internacional se entiende como un producto de lo social, y no únicamente de lo material, lo que obliga a abordar todos los aspectos de la vida social para obtener un análisis completo sobre la naturaleza de los Estados y de sus políticas (Schouten, 2007).



## **Vitalidad etnolingüística**

La vitalidad etnolingüística es una teoría del ámbito de la psicología social que estudia los elementos lingüísticos que llevan a que un grupo tenga rasgos distintivos frente al colectivo. Estos grupos, que suelen ser minorías o categorías no dominantes, fomentan la exaltación de su identidad y de la vitalidad etnolingüística para conservar sus rasgos diferenciadores (Abrams, Eveland y Giles, 2003). Es una teoría que suele aplicarse a estudios relacionados con la globalización de los medios de comunicación y el impacto que este fenómeno tiene sobre las actitudes y percepciones de las minorías (es decir, si frente a la globalización se culturizan o aumentan su proteccionismo). En el presente trabajo, la vitalidad etnolingüística nos ayuda a comprender el peso que la lengua tiene en la configuración de la identidad rusa, y cómo puede convertirse en una herramienta de *soft power* en caso de instrumentalizarse, a consecuencia del valor estructural que suele conllevar. Si partimos de su categorización más tradicional, la vitalidad etnolingüística puede ser objetiva o subjetiva (Harwood, Giles, Bourhis, 1994; Bourhis, Giles y Rosenthal, 1981). La vitalidad etnolingüística objetiva está formada por los elementos socioculturales que dotan de fuerza material al grupo en cuestión, es decir, valores demográficos, económicos, sociales, culturales y políticos (Harwood et al, 1994: 175), mientras que la vitalidad etnolingüística subjetiva alude a las percepciones que el grupo tiene sobre esos elementos socioculturales.

## **Instrumentalización lingüística y manipulación lingüística**

Las teorías relacionadas con la instrumentalización de la identidad suelen enmarcarse en el ámbito de la antropología social, y tienden a centrarse en la identidad étnica. La lengua es uno de los factores objetivos que integran esta identidad, y su instrumentalización se analiza con respecto al estallido de conflictos étnicos o políticos. En el caso que nos ocupa tendemos hacia la instrumentalización ideológica de la lengua, partiendo de las ideas de Luke (1995, 1998) y Fairclough (1998) sobre manipulación lingüística, poder instrumental y la relación entre lengua y poder. Según las ideas de estos académicos, que desarrollan Gunta Rozina e Indra Karapetjana (2009), la lengua puede establecer dos tipos de vínculos con el poder: (i) una relación de influencia, que lleva a las personas a pensar y comportarse de una manera determinada y que está presente en la esfera social mediante los medios de comunicación, publicidad, cultura y política y (ii) una relación instrumental, que suele ejercer el estado y se materializa a

través de leyes y convenciones que regulan el ámbito laboral y educativo. Según esta categorización existen dos tipos de poder: de influencia (político), e instrumental (jurídico).

### **Purismo lingüístico**

El concepto de purismo ligado a la lengua es fuente de un gran número de debates etimológicos. Para el presente trabajo, nos interesa seguir la categorización que hace Ralph Ludwig (2000: 1) sobre purismo, que divide en dos tipos: 1) el purismo frente a lo desconocido, que no acepta la incursión de lo extranjero en la lengua; y 2) el purismo estilístico, que elude todos los elementos que estén relacionados con las connotaciones más bajas de la lengua (vulgarismos y coloquialismos, entre otros)..

Por tanto, tomando como referencia las observaciones de Juan Carlos Moreno Cabrera (2000), podemos entender el purismo lingüístico como un movimiento que busca proteger la forma más «auténtica» o «pura» de una lengua. Harold Schiffmann (1919: 30), lo entiende como un movimiento que recibe incontables definiciones y que, sin embargo, suele estar ligado al fundamentalismo religioso, o cuasi religioso, que busca la autenticidad lingüística, y que por general se lleva a la práctica evitando la incursión de elementos extranjeros, «corruptos» o «ajenos» a la forma más «pura» de la lengua. Es importante matizar que esta percepción no está respaldada por las ciencias sociales, sin embargo es un argumento bastante recurrente en el debate sobre la naturaleza y la utilidad de la lengua.

### **Poder blando (*Soft Power*)**

Partimos de la visión más tradicional de poder blando, que es la que Joseph Nye (1990, 2002, 2004, 2011) acuñó a finales de la década de los ochenta. A lo largo de la historia, el poder duro (*hard power*), es decir, el uso de la fuerza, ha sido la herramienta predominante en la política exterior de los estados. Una vez acabada la Guerra Fría desaparecía también el sistema bipolar dominado por EEUU y la URSS que había marcado el tempo de las Relaciones Internacionales del siglo XX. A partir de entonces, Joseph Nye empieza a desarrollar su teoría sobre el poder blando, al entender el nuevo sistema internacional como una estructura en la que la creciente interdependencia entre estados iba a determinar tanto las relaciones de poder como las herramientas que los estados iban a necesitar para conseguir sus objetivos estratégicos. Por tanto, basándonos

en las ideas de Nye, el poder blando es la capacidad que tienen los estados para conseguir objetivos a través de la atracción y no de la coacción o el soborno (Nye, 1990). Dicha persuasión es producto de la diplomacia pública, la diplomacia cultural y la asistencia económica (por ejemplo la ayuda oficial al desarrollo). Esta concepción de las relaciones de poder nos ayudará a comprender la utilidad que el Fondo Ruskiy Mir tiene como herramienta de poder blando para la Federación Rusa (capítulo III).

### Estado de la cuestión

La lengua nacional es un constructo social que puede rebasar barreras políticas y culturales. Esta fuerza abstracta, que forma parte de la identidad social del ser humano, ha fascinado a numerosos académicos de las más variadas disciplinas de las ciencias humanas y sociales. Con respecto a este trabajo, nos interesa repasar el contexto teórico de los estudios enmarcados dentro de las relaciones internacionales, la sociolingüística y la política, ya que partimos del enfoque social y político de la lengua, y no específicamente del comunicativo.

Para introducir la dimensión lengua-identidad, conviene que partamos de los estudios postestructuralistas sobre el lenguaje de Bakhtin (1984), Bourdieu (1991) y Hall (1997). La visión postestructuralista de estos autores rompía con las ideas de Ferdinand de Saussure (1966), que entendía la lingüística como un sistema que garantiza la comprensión de signos y que varía en función de la comunidad lingüística a la que pertenezcamos. Los postestructuralistas alegaban que, en realidad, las prácticas sociales no son homogéneas, a diferencia de los estructuralistas, que entendían el lenguaje como un medio neutral de comunicación; por tanto, el lenguaje está expuesto a conflictos relacionados con el poder y la verdad (Norton, 2010: 350). En consecuencia, según ellos, no podemos entender el valor del discurso de una persona sin saber quién es esta persona; del mismo modo que tampoco podemos entender quién es si no nos fijamos en el entramado de relaciones sociales que forman parte de su vida cotidiana (Bordieu, 1977).

Aunque en este trabajo sigamos una tendencia postestructuralista, no podemos ignorar la relevancia que han tenido sobre la sociolingüística contemporánea las teorías de Edward Sapir (1954) y Benjamin Lee Whorf (1944) sobre el relativismo lingüístico. Ambos autores entendían la lengua como un elemento que fracciona y establece los

procesos cognitivos, y que por tanto influye sobre la perspectiva que las personas tienen del mundo (Mandelbaum, 1985: 3-7; Tager, 1959). Es decir, la teoría Sapir-Whorf sostiene que el ser humano piensa de una manera u otra en función de la comunidad lingüística a la que pertenece.

Esta teoría ha inspirado bastantes estudios en el campo de la semiótica social, que se dedica a observar cómo la lengua moldea nuestras actitudes y percepciones sociales (Halliday, 1978, 1993; Krauss y Chiu, 1998; Schieffelin, Ochs, 1986). Así, de la sociolingüística han emergido un gran número de teorías e hipótesis que tienden a ser reduccionistas y que, en consecuencia, fomentan los estereotipos culturales (Bucholtz, Hall, 2004: 379). No obstante, lo que en este estudio nos interesa es fijarnos en el poder simbólico que tiene la lengua para un determinado grupo, en este caso para la nación rusa; por tanto, no partimos del enfoque del relativismo lingüístico y de la semiótica social, que entienden el lenguaje como un producto psicológico y no como un proceso social y cultural. Actualmente, esta teoría que liga la psicología humana con las lenguas está bastante cuestionada, y de hecho suele considerarse un peligroso pretexto científico para justificar la discriminación racial y cultural (Moreno Cabrera, 2000; Pullum, 1991).

Asimismo nos interesa comprender el papel que desempeña la lengua en la construcción cultural. Según Roland Posner (1991), una *cultura* se puede entender como:

- a) una sociedad, es decir, un grupo cuyas relaciones están reguladas por una serie de instituciones sociales;
- b) una civilización, es decir, una serie de artefactos que son producidos y utilizados por los miembros de una sociedad;
- c) una mentalidad (un sistema de valores, ideas y costumbres), es decir, una serie de convenciones que regulan las instituciones sociales y que determinan el funcionamiento y el sentido de los artefactos sociales.

Posner entiende que una cultura se diferenciará de otra según su estado-nación (el sistema de instituciones que organizan la sociedad de una cultura), su civilización nacional (el conjunto de artefactos que crean la civilización de una cultura) y su mentalidad nacional (sistema de valores, ideas y costumbres de una cultura). Así, las culturas que tengan estas tres características pasarán a llamarse «culturas nacionales» (Posner, 1991: 122). En cuanto a la lengua dentro de la dimensión cultural, podemos

fijarnos en las ideas de David Katan, quien se basó en la teoría del iceberg de Hall para teorizar sobre el alcance que tiene la lengua como testimonio cultural (Katan, 2014; Katan y Munday, 2009).

Peter J. Burke, partiendo de la disciplina de la psicología social, aborda la relación de dependencia que se crea entre lengua, cultura, poder e identidad. Este estudioso subraya que la lengua es un vector primordial de la sociedad y de su cultura, ya que es un elemento al que da forma la propia sociedad a través del discurso (Burke, 2000). Esta perspectiva nos sirve para comprender la fuerza y el poder que puede llegar a esconder esta relación. De Cillia, Reisigl y Wodak (1999) siguen una línea similar, al entender la lengua como el recurso nacional más valioso del ser humano, por constituir la encarnación escrita y hablada de la memoria histórica y, por consiguiente, un importante elemento de cohesión nacional (De Cillia, Reisigl y Wodak, 1999).

En cuanto a la utilidad que puede tener la lengua a nivel político, autores como Thomas Saunders (1994) o Ralph W. Fasold (1983) ven en la relación natural entre lengua e identidad una potencial herramienta de poder y de unidad política (Saunders, 1994; Fasold, 1983). Joshua Fishman (1968, 1972) fue uno de los primeros en ligar la sociología lingüística con la nación, la nacionalidad y el nacionalismo, debate académico que no pretendemos abordar en el presente trabajo. Lo que sí nos interesa observar es que, en el esquema de Fishman, una nacionalidad está conformada por un grupo sociocultural, es decir, por un grupo étnico que desarrolla unas ideas y percepciones en torno a su propia existencia como grupo, y que puede, o no, estar representado por un gobierno (Fishman, 1968). Y, como argumenta Fasold (1985), la lengua nacional es un importante elemento de este grupo sociocultural porque, por un lado, es un elemento que distingue a una determinada cultura de otra, es decir, marca una distancia entre *nosotros* y *ellos*; y, por otro, es un poderoso símbolo de identidad nacional. Así, el poder simbólico de la lengua, que está arraigado en las raíces de las personas, puede convertirse en una herramienta de cohesión nacional, o incluso de nacionalismo, de ser instrumentalizada.

El vínculo entre lengua y política también se ha analizado a través del estudio sociológico sobre la identidad. En este campo, Stuart Hall (1996) estima que no se puede entender la construcción social sin el discurso, porque esta construcción se lleva a cabo dentro de unas estrategias discursivas determinadas que influyen sobre ese proceso

(Hall y Gay 1996). Son muchos los académicos que argumentan que el discurso interviene en el proceso de formación de la identidad, al convertirse en un mecanismo de negociación durante su construcción (Belz, 2002; Joseph, 2006, 2004; Warschauer, 2000). John E. Joseph (2004) enlaza esta relación con la identidad nacional, y sostiene que identidad y lengua son inseparables porque las identidades nacionales, étnicas y religiosas moldean la lengua, por lo que no puede haber ningún análisis sociolingüístico completo que no aborde la cuestión de la identidad (Joseph, 2004).

En cambio, Fairclough (2001, 2004), en su análisis sobre el poder que tiene el discurso en la construcción social, parte de una perspectiva más cauta, y se acoge a lo que él denomina «constructivismo social moderado», que sostiene que el discurso puede construir y reconstruir prácticas, estructuras y estilos de vida sociales, pero que no es una tendencia empírica, y que, por tanto, podemos encontrarnos con sociedades en las que la lengua no desempeñe esa labor.

Si nos vamos al ámbito académico de las Relaciones Internacionales, desde la década de los 90 la cultura y la identidad se han convertido en variables que han recibido bastante atención por parte de académicos dedicados a esta disciplina (Lapid y Kratochwil, 1996). Esta tendencia, que tiene más recorrido en el ámbito de la sociología y la psicología social, ha inspirado un gran número de perspectivas acerca de la influencia que la cultura tiene sobre la construcción de los intereses nacionales que los estados proyectan a través de sus políticas exteriores. Aunque predominan los estudios de corte constructivista, existen también autores que han incorporado la cultura a escuelas materialistas. Alexander Wendt (1994), uno de los autores de referencia en este campo, sostiene que la identidad puede modificar los objetivos, intereses y actitudes de los estados y, por tanto, es uno de los rasgos definitorios de las políticas que siguen los gobiernos tanto en el ámbito interno como en el exterior (Wendt, 1994). Propugnan asimismo estas ideas Yosef Lapid y Friedrich Kratochwil en el libro editado por Rengger, *The Return of Culture and Identity in IR Theory* (1997).

La relación entre lengua, identidad y poder político también se ha estudiado a partir de los cambios estructurales derivados de la globalización y la revolución de los medios de comunicación. El momento social en el que nos encontramos, de grandes cambios a velocidades vertiginosas, condiciona la definición de nuestra identidad individual y social (Castells, 2000; Giddens, 1990). Monica Heller (2003) plasma a la

perfección el impacto que la globalización tiene sobre la identidad y la lengua, y cómo reaccionan las comunidades ante la colectivización cultural (Heller, 2003). No obstante, este tipo de cambios vertiginosos forman parte de la propia condición social y relacional del ser humano, por lo que esta tendencia está presente en cualquier periodo histórico en mayor o menor medida.

En cuanto al estudio de la relación entre lengua e identidad en el caso de Rusia, tal y como afirma Gorham (2014), durante el siglo XX han primado los estudios psicológicos, que ligan el lenguaje a la construcción de la mentalidad humana. Uno de los académicos que ha abarcado esta perspectiva del tema es Thomas Seifrid, que en su artículo *Getting across: Border-Consciousness in Soviet and Emigre Literature* (1994) nos habla sobre cómo interviene la lengua en la construcción psicológica del «yo».

Hay otros estudios que analizan la política interna y la externa del Kremlin a través de la lengua, como ocurre en el caso de Gorham (2014), que se apoya en el estudio de la cultura lingüística para entender el rumbo que han llevado las políticas rusas a partir de 1991. Esta es la perspectiva que prima en este trabajo, ya que nos interesa observar en qué medida la lengua puede ser un medio para comprender y analizar de forma sistemática cuestiones tan complejas como son el poder, la autoridad y la identidad nacional. A continuación repasaremos de forma específica la relación entre lengua e identidad en el caso de la Federación Rusa.

## CAPÍTULO II

### Relación entre la identidad post-soviética y la lengua rusa

#### 2.1 Identidad rusa postsoviética

¿Qué es Rusia tras la caída de la URSS? ¿Qué significa ser ruso a partir de 1991? Como dijo Winston Churchill, «Rusia es un acertijo envuelto en un misterio dentro de un enigma» (Puffer, 1993: 473), y una vez desaparecido el espejismo del comunismo, definir qué hacía a Rusia rusa, cuál era el sentido de su razón de ser, su sustancia, se convertía en todo un reto. Rusia puede percibirse como una nación que arrastra el legado de tres grandes imperios y el peso de conquistas, guerras, zares y dictadores; o como el resultado del sufrimiento infligido por su propia historia. Antes de comenzar, es importante que marquemos los límites de este breve análisis; no es objetivo del siguiente apartado hallar una definición concisa o sobre qué es la identidad rusa postsoviética o qué construye el sentimiento ruso, ya que su dinamismo y complejidad no nos lo permite. Como hemos visto, la identidad es un proceso y no un resultado, por lo que no es una constante fácil de delimitar. A través de este apartado, pretendemos ofrecer algunas pinceladas acerca de las características más recurrentes en los estudios de autores contemporáneos sobre esta cuestión, para así poder situar la importancia de la lengua dentro de la arquitectura de la identidad nacional rusa.

En la indagación sociológica de Manuel Castells (2004, 2005) sobre la identidad en la era de la información, el autor define la identidad como «sentirse en casa con otras personas con quienes se comparte la identidad. La pertenencia a ese algo identitario [que] proporciona sentido y cobijo a la vez, [y] crea una práctica cómplice, un lenguaje común, un mundo propio desde el que se puede vivir con más tranquilidad el mundo de ajenidades» (Castells, 2005: 1). La identidad es entonces aquello que nos aporta seguridad en un entorno hostil, lo que legitima nuestros comportamientos dentro de ese sistema y, en general, lo que da sentido a nuestras vidas. Como sostienen Simon Franklin y Emma Widdis (2010), la identidad nacional se materializa en discursos, textos culturales, políticas públicas y, en general, cualquier forma de expresión humana. Por ello, son los «creadores culturales» quienes van tallando dicha identidad a partir de sus percepciones históricas, culturales, nacionales, ideológicas, religiosas y personales (Franklin y Widdis, 2010: 3). Por tanto, es comprensible que un gran número de



autores contemporáneos perciban el fenómeno de la identidad como una construcción de doble vertiente: social y personal (Fearon, 1999).

Delimitar los componentes de la identidad rusa postsoviética es un gran desafío académico siempre sensible a la subjetividad de cada autor y a la narrativa de cada contexto histórico. No cabe duda de que el tumultuoso legado histórico de la Federación Rusa, la extensión geográfica de sus fronteras y la multiculturalidad de sus pueblos han gestado un sinfín de identidades. Además, esta fascinante mezcla de tradiciones, religiones, ideologías y cultura popular, no es estática; cambia, se adapta a las necesidades de cada época y se construye, o destruye, según las percepciones y los intereses de cada momento histórico.

Como indican Codagnone y Filippov (2000), en los años de la URSS se llegaron a catalogar hasta 100 nacionalidades, y aunque la etnia rusa fuese la predominante, las demás minorías étnicas sumaban 27 millones de personas (Codagnone y Filippov, 2000). El último censo de 2010 revela una realidad bastante parecida a la soviética respecto a la diversidad cultural: una mayoría de la población se considera de etnia rusa (81 %); hay 170 grupos étnicos distintos y, aunque el ruso es el idioma oficial, hay otros 27 idiomas oficiales. Además un 73 % de la población es cristiana ortodoxa, un 20 % agnóstica, un 6 % musulmana y un 1 % practica otro tipo de religiones. Por lo tanto, estamos ante un mapa multicultural en el que hay una importante dominación de la etnia rusa y de la religión ortodoxa, algo que determinará la gestación de una identidad nacional dominada por estas dos colectividades. Tradicionalmente, estas dos identidades (ortodoxa y eslava) son las más representadas por las élites y, consecuentemente, las identidades que más peso tienen en la configuración de la identidad nacional.

La caída de la URSS y los años de transición durante el mandato de Yeltsin desempeñaron un importante papel en la construcción de la identidad, o las identidades rusas. Como resalta Peter J. S. Duncan (2005), la pérdida física de la cuarta parte del territorio tuvo un gran impacto psicológico sobre la conciencia nacional (Duncan, 2005). Esta es la razón por la que autores como Laitin (1998), Barrington, ES Herron o BD Silver (2003) hablan del *extranjero próximo*, que es una designación espiritual de la nación rusa, que va más allá de las fronteras físicas de la actual Federación. Estas fronteras imaginarias incluyen lugares como Kiev, Minsk, Tblisi, Riga o Tashkent, topónimos de fuerte carga simbólica para la identidad nacional rusa.

Como vemos, el simbolismo y la mitología son características profundamente arraigadas en la cultura rusa. La idea del *extranjero próximo* y la percepción de que tras la desintegración de la URSS las élites fragmentaron una nación única en quince estados es una idea bastante común de la conciencia colectiva (Serra, 2005). Por lo tanto, el *extranjero próximo*, concepción maximalista de las fronteras nacionales rusas, es una característica de la actual identidad nacional rusa, presente en la política exterior del Kremlin (véase la guerra de Georgia de 2008 o la Anexión de la República Autónoma de Crimea), y, como veremos más adelante, en la política lingüística. La lengua, a raíz de estos impulsos, puede convertirse en una herramienta para potenciar los vínculos culturales con las antiguas repúblicas soviéticas a través de la exaltación del sentimiento eslavo de la diáspora rusa.

Francesc Serra (2005), en el análisis que hace sobre la Federación Rusa y su condición como potencia europea, también subraya el impacto de esta pérdida, ya que «Rusia ha basado históricamente su existencia y supervivencia en su capacidad de crear y mantener una influencia sobre su entorno que le garantizaba cosas tan básicas como tierras fértiles de cultivo, mares cálidos con puertos seguros y vías de comunicación permanentes con los grandes mercados internacionales» (Serra, 2005: 102-103). La pérdida de un tercio del territorio suponía dar un paso atrás en cuanto a posición estratégica, reduciendo por ejemplo el acceso al mar, aspecto que históricamente tiene una importancia vital desde un punto de vista tanto geográfico (poder territorial) como psicológico (seguridad frente a las invasiones). Por lo tanto, la Guerra Fría no sólo cambia el contexto internacional, sino que también provoca una variación regional que lleva a Rusia a enfrentarse a la ardua tarea de redefinir su existencia y decidir qué es y qué papel va a desempeñar en este nuevo escenario.

Finalmente, hay tres periodos históricos que, como indica Torgersen (2009), marcan la construcción de la identidad rusa: la identidad eslava del Kiev de Rus, la identidad Imperial ligada al Rus Moscovita y a la época de los Zares y la identidad Soviética (Torgersen, 2009). Este conjunto de elementos nos ayuda a comprender la diversidad histórica y sociológica que nutre a las identidades rusas.

## 2.2 Introducción a la lengua rusa

En cuanto a la lengua, el ruso es uno de los idiomas más comunes de Europa. Es la lengua materna de 175 millones de habitantes y el idioma oficial de la Federación Rusa y de algunas de las repúblicas exsoviéticas (Bielorusia, Kazajstán, Kirgistán y Tajikistán). Asimismo, a pesar de los cambios geopolíticos que el espacio postsoviético ha experimentado desde 1991, el ruso sigue considerándose el idioma universal de la región (Ryazanova-Clarke y Wade, 2002). La desintegración de la Unión Soviética y las consiguientes migraciones (voluntarias y forzosas) que emergieron de este proceso provocaron cambios respecto a la distribución de la lengua rusa fuera de sus fronteras. Un total de 25 millones de ciudadanos rusos amanecieron fuera del que hasta entonces había sido su país (Laitin, 1998). El bagaje cultural de estas poblaciones, que pasarían a convertirse en diásporas o minorías, ha tenido una influencia considerable sobre la cultura de las nuevas repúblicas. A pesar del alzamiento de nuevas barreras, el ruso no ha desaparecido del mapa social del espacio postsoviético; y no solo eso, sino que además en muchos estados sigue siendo la lengua de las élites y de los negocios, por lo que tiene un consolidado reconocimiento y prestigio (Rivera, 2006).

Dentro de los límites de la historia, además del misterio que suele envolver al estudio de las raíces culturales de los pueblos eslavos del este —cuyos primeros registros oficiales datan del siglo IX—, debemos remontarnos hasta los tiempos de las lenguas indoeuropeas para comprender el origen de la lengua rusa. El desplazamiento de las diversas tribus indoeuropeas provocó una inevitable fragmentación lingüística, de la que emergieron diversos dialectos, que acabarían convirtiéndose en lenguas. De las tribus de Europa Oriental surgió el protoeslavo, que como su propio nombre indica era la lengua vernácula de los pueblos eslavos (Sokol'skii, 1966: 19). El movimiento natural de las tribus eslavas, que acabaron separándose en tres categorías (eslavos del oeste, del sur y del este), provocó la división lingüística; y los eslavos orientales, que se concentraban en torno al río Dniéster, situado en lo que hoy es Ucrania, se comunicaban en el antiguo eslavo oriental, idioma del Rus de Kiev (Gasparov, 2004; Halperin, 2006). El antiguo eslavo oriental poseía diversos dialectos, entre los que destacan el antiguo bielorruso, el antiguo ucraniano o el antiguo ruso, que, tal y como indican sus denominaciones, son el germen de las actuales lenguas nacionales de estos países de Europa Oriental.

El bautizo del Rus de Kiev en el siglo IX trajo consigo la cristianización de los pueblos eslavos. El sistema de escritura del cual proviene el alfabeto cirílico, el alfabeto glagolítico, surgió de los esfuerzos de los clérigos Metodio y Cirilo por evangelizar a los eslavos orientales. Para traducir las Sagradas Escrituras, crearon un alfabeto que combinaba símbolos griegos y eslavos, y de ahí surgió el antiguo eslavo eclesiástico, primera lengua eslava codificada (hasta entonces las lenguas eslavas eran mnemónicas). La memoria histórica de la lengua rusa también está marcada por el periodo de las reformas de Pedro el Grande. El monarca simplificó el alfabeto, eliminando algunos símbolos griegos, a fin de acercar la lengua escrita al pueblo. Así surgió el alfabeto civil (*grazhdanskij shrift*), que es la versión más cercana al actual alfabeto cirílico. Sin embargo, la Iglesia ortodoxa rusa mantuvo el sistema del antiguo eslavo eclesiástico, por lo que actualmente hay dos formas oficiales de la lengua rusa.

Vemos cómo, en la evolución de la lengua rusa, la Iglesia desempeña una importante labor, tal y como ocurrió con el latín. Esto, junto a su origen mnemónico de las lenguas eslavas, ha conferido a la lengua rusa unos evidentes rasgos litúrgicos y un importante carácter mesiánico (Gasparov, 2004). A modo de ejemplo, aunque a día de hoy Ucrania, Bielorrusia y Rusia conforman tres estados diferentes, la historia antigua sobre los pueblos eslavos y su unión bajo el Rus de Kiev y el Rus Moscovita es un aliciente de la identidad nacional eslava. Esta nostalgia por la época dorada de estos tres pueblos, suele ser una parte importante de los «ismos» eslavos (eslavismo, *narodnost*<sup>1</sup>, eurasiatismo, bizantinismo, etc.) (Pérez de Lope, 2015).

Finalmente, es importante que repasemos el impacto que las políticas de la URSS tuvieron sobre la continuidad del ruso como lengua oficial de esta región. Durante el periodo soviético se siguió una política lingüística basada en la construcción nacional y la *korenizatsiia* o korenización, que era una estrategia política de carácter nacionalista dirigida a mantener la unificación nacional de todas las repúblicas y pueblos que convivían dentro de la URSS. Estas políticas otorgaban un especial reconocimiento a las diversas minorías étnicas y buscaba promover y proteger la diversidad cultural de las mismas (Lepître, 2002). No obstante, el fervor de la victoria contra Alemania tras la Segunda Guerra Mundial despertó el nacionalismo étnico ruso,

---

<sup>1</sup> Bajo el reinado del Zar Alejandro III de Rusia (1881-1894) el término *narodnost*, cuya traducción oficial es ‘nacionalidad’, pasó a significar nacionalismo e imperialismo [ruso]. Es un término ligado al movimiento de *rusificación* (*russkost*) característico del siglo XIX.

por lo que la élite de la URSS volvió a estar dominada por la cultura étnica rusa. Por lo tanto, durante este periodo se promovió el uso del ruso como lengua vernácula, pero a su vez se llevaron a cabo medidas que, a largo plazo, protegieron el legado cultural de las minorías de Rusia. Como nos dice Lepêtre, es un periodo de grandes contradicciones en cuanto a la política lingüística y cultural (Lepêtre, 2002). Este periodo de oscilación entre la centralización y la descentralización, ha tenido un importante impacto sobre la continuidad de la multiculturalidad que caracteriza a la nación rusa. No obstante, el poder que logró mantener la minoría étnica rusa durante la era soviética, incluso después de la Gran Purga de 1936 a 1938, ha permitido que el ruso hoy en día sea la *lingua franca* de la Federación y el punto de convergencia de todas estas identidades.

Asimismo, en 1993 se aprobó la Constitución de la Federación Rusa, en la que se presentaba la nueva política que Rusia iba a seguir en el ámbito lingüístico. La nueva política normativa se basaba en tres principios: 1) la protección de la lengua rusa como lengua común y oficial de la Federación, 2) la protección y el desarrollo de las lenguas de las minorías étnicas rusas y 3) el establecimiento de una política de diferenciación entre la lengua oficial (ruso), las de las minorías nacionales y las de las comunidades indígenas (Danilenko, 1994). Esto derivaba en un sistema de protección lingüística a tres niveles, que otorgaba mayor relevancia y seguridad a la lengua predominante, es decir, el ruso, y que dejaba en un segundo plano la protección de la diversidad lingüística.

No obstante, sería incorrecto afirmar que existe una discriminación formal hacia las lenguas de las Repúblicas de la Federación Rusa, amparadas a nivel federal tanto por la Constitución como por la Ley sobre las Lenguas de los Pueblos de la Federación Rusa de 1991 y, a nivel autonómico, por las repúblicas. La estrategia para abordar la diversidad es una parte importante de la política del Kremlin ya que, como hemos dicho anteriormente, Rusia es un país con una riqueza multicultural que hay que saber gestionar para evitar el separatismo. No obstante, la preponderancia del ruso, el hecho de que todo ciudadano de la Federación forme parte de un mismo grupo lingüístico, independientemente de las demás identidades sociales que puedan tener, es una forma bastante hábil de invocar la unión de todos esos pueblos tan diferentes.

### 2.3 Relación entre conceptos: *russkost*

Para comprender la relación que se establece entre la identidad nacional rusa y la lengua debemos partir del término *russkost*, que es uno de los elementos centrales de la corriente ideológica y cultural eslavófila, formada por intelectuales rusos que a través del tratamiento proteccionista de la lengua abogan por la promoción de la identidad nacional rusa conservadora, en compendio con la espiritualidad ortodoxa. Fue un movimiento predominante en Rusia durante en el siglo XIX y que en la actualidad está volviendo a ganar terreno. Su objetivo es reflexionar acerca de la verdadera cultura rusa y proteger su autenticidad. Esto desemboca en una estrategia cultural que rechaza la influencia cultural externa en defensa del renacimiento nacional.

Retomando las ideas de Emma Widdis (2010), la identidad está patente en los textos culturales, por lo que aquellos que producen dichos textos (intelectuales, filósofos, escritores, artistas etc.) son quienes, a través de la proyección de su ideología en el lenguaje, van creando un corpus normativo que dicta lo que es aceptable o no. Asimismo, marcan el tempo de la cultura, por lo que la labor que indirectamente desempeñan los intelectuales es significativa. En Rusia algunos de los pensadores que más influencia han tenido son Dostoievski, Pushkin, Chéjov y Chaadev.

Desde el comienzo de las reformas postsoviéticas, la regulación de las normas lingüísticas y la conservación de la lengua rusa han sido responsabilidad de la Academia y de la Iglesia ortodoxa rusa (Gorham, 2014). Al principio, la labor purista de estas instituciones pasaba desapercibida o era ignorada a consecuencia del desenfreno liberal y de la fiebre en torno a la cultura occidental. No obstante, el auge de Rusia como gran poder mundial, el carácter que ha adquirido el Kremlin en manos de Vladimir Putin y la creciente enemistad con la Unión Europea, la OTAN y Estados Unidos, han potenciado el auge de corrientes eslavófilas de carácter conservador y proteccionista, como por ejemplo el neoeurasianismo de Alexander Dugin o el bizantinismo. Las doctrinas puristas invocadas por estas instituciones, que buscan evitar la degeneración de la lengua nacional de Rusia, han ido ganando adeptos y bastante atención por parte de los medios de comunicación (Gorham, 2000), cosa que evidentemente pone en tela de juicio la calidad de la libertad de expresión y de la democracia bajo en Rusia.

## CAPÍTULO III

### La estrategia cultural lingüística durante el mandato de Vladimir Putin

#### 3.1 Tratamiento de la lengua rusa: de la degradación lingüística bajo el mandato de Yeltsin al purismo de Vladimir Putin

Con el golpe de estado fallido contra Gorbachov en agosto de 1991, que provocaría el ascenso de Boris Yeltsin al poder, se iniciaba una complicada etapa de transición en Rusia. Si bien el cambio fue tanto político como económico y social, lo que más nos interesa es observar cómo evolucionó la cultura del lenguaje durante este periodo, que de alguna manera influiría sobre el auge del purismo lingüístico a finales de esta década.

Para comprender el contexto de la época de transición, debemos entender que, antes de la desintegración de la URSS, los ciudadanos experimentaron una liberalización económica y social moderada a través de las políticas de *Perestroika* y *Glasnost* impulsadas por el régimen de Gorbachov. Esta primera toma de contacto con la libertad llevó a que la población cada vez exigiera más libertades y derechos, una necesidad social que iba unida a la creciente presión ejercida por los estados Occidentales para que Rusia se abriera al mundo y que, en justa reciprocidad, el mundo pudiera abrirse a Rusia (Shevstova, 2007: 4-5).

El conjunto de cambios sociales y la incursión gradual del estilo de vida estadounidense en la cultura rusa llevaron a que el gobierno de Boris Yeltsin se viera en la obligación de impulsar políticas que protegiesen y fomentasen la libertad de expresión. Durante estos años primó esta ideología lingüística liberalizadora que promovía una cultura más democrática y más orientada hacia el mercado (Gorham, 2014: 22-23). El fin de la censura, la globalización de los medios de comunicación y el consiguiente auge de unos estilos lingüísticos transgresores y poco convencionales (que integraban en la lengua extranjerismos, vulgarismos, expresiones coloquiales y calcos lingüísticos como símbolos de la libertad de expresión) mermaron el poder que hasta entonces habían gozado la Academia, las escuelas y otras instituciones encargadas de regular la lengua.

No obstante, cuanto más se resentía economía rusa durante la década de los 90, más aumentaba el escepticismo hacia los efectos que estaba teniendo este desorden cultural y lingüístico. Los más puristas consideraban que la libertad de expresión sin límites era una herramienta de degradación nacional (Tsygankov, 2013: 57), que desgastaba los rasgos más tradicionales y auténticos de la identidad rusa. Por esta razón, y a consecuencia de los cuestionables resultados que tuvieron las políticas liberales impulsadas por el gobierno de Yeltsin,<sup>2</sup> el purismo lingüístico y la *rusificación* se convirtieron en ideas bastante populares entre la opinión pública. Björn H. Jernudd y Michael J. Shapiro (1989) alegan que en tiempos de transición política aumentan las probabilidades de que surjan movimientos de purismo lingüístico. En el caso de Rusia, la liberalización de todos los aspectos de la vida pública, y el desorden que acompañaba a la transición, provocaron que muchos percibieran la degradación y vulgarización lingüística como un peligroso símbolo de decadencia social que despojaba a Rusia de su carácter espiritual.

Como nos cuenta Gorham (2014: 99), este estado de desorden lingüístico cambia radicalmente cuando Vladimir Putin toma las riendas de la presidencia rusa. Es importante subrayar que desde sus inicios su conservadora política lingüística ha recibido enormes críticas por parte del colectivo más artístico de la sociedad rusa. En numerosos medios de comunicación se han referido a su campaña lingüística como «una cruzada moral que busca crear una identidad nacional y espiritual rusa» (Omidi, 2014) o han comparado sus medidas con la *neolengua*, aludiendo a la novela *1984* de George Orwell (Gorham, 2014; Omidi, 2014). Lo cierto es que bajo el mandato de Putin la regulación lingüística se convierte en un mecanismo de exploración identitaria y de exaltación nacional.

A modo de ejemplo de esta ideología política, en el discurso que Vladimir Putin pronuncia ante en Club Valdai en septiembre de 2013, el presidente expresó con bastante claridad los dilemas que mueven los intereses rusos en materia de protección cultural. Putin afirmó que era necesario «encontrar nuevas estrategias para preservar

---

<sup>2</sup> Como nos cuentan Kuchis y Zevelev (2012), Boris Yeltsin es una figura política profundamente admirada en Occidente; no obstante, entre la población rusa su mandato político se considera uno de los más oscuros de la historia rusa contemporánea, ya que sus políticas subordinaban al estado ruso a los intereses de Occidente (Kuchins y Zevelev, 2012: 149).



nuestra identidad [rusa] en medio de un mundo en constante cambio»<sup>3</sup> (Kremlin, 2013), entre las que podemos suponer que se encuentra la lengua. Asimismo, subrayó la importancia que tiene la promoción de los valores rusos tradicionales en el proceso de desarrollo de la sociedad rusa:

«Para nosotros (me refiero a los rusos y a Rusia), la reflexión sobre quiénes somos y qué queremos ser está convirtiéndose en un debate público recurrente [...]. Es imposible que sigamos avanzando sin determinación espiritual, cultural y nacional. Todo estado necesita poder económico, militar, tecnológico, y sin embargo lo que determina el éxito de la calidad ciudadana y social, es la fuerza moral, intelectual y espiritual [...] en este sentido, encontrar y fortalecer la identidad nacional se ha convertido en un elemento esencial para Rusia». (Kremlin, 2013)

Las palabras del presidente nos muestran claramente esa voluntad por proteger y fortalecer la identidad nacional rusa a partir de un enfoque multidimensional que abarque un gran número de variables sociales. Esta es la ideología que predomina en su tratamiento político de la lengua. Además, la distinción que hace entre *nosotros* y *ellos* muestra esa distancia que instintivamente marcan entre Rusia y los rusos y las demás naciones como símbolo de excepcionalismo nacional. Ese esfuerzo por forjar una nación basada en los principios tradicionales rusos, fundada sobre los valores de *russkost*, muestra una vocación mesiánica, que naturalmente tiene una serie de efectos coyunturales.

Si bien hemos expuesto sucintamente los intereses que Putin y el Kremlin pueden tener respecto a la promoción de la identidad rusa y a la protección de la lengua, a continuación repasaremos de manera más específica la ejecución de esos intereses. Lo haremos a partir del análisis de algunas políticas que el gobierno de Putin ha impulsado en el ámbito lingüístico. Esto nos ayudará a ver de forma más práctica en qué medida se han llevado a cabo, o no, políticas puristas bajo el régimen político de Putin. En primer lugar, veremos dos ejemplos relacionados con medidas políticas concernientes a la promoción del purismo lingüístico a nivel nacional. Después pasaremos a analizar la dimensión exterior de la lengua para comprender hasta qué punto se ha convertido en una herramienta de poder blando de difusión cultural en el exterior. Para ello

---

<sup>3</sup> Reformulación de la autora a partir de la transcripción oficial en inglés.

repasaremos brevemente el caso del Fondo Russkiy Mir, lo que nos mostrará la estrategia lingüística global que está promoviendo Moscú.

### 3.2 Políticas lingüísticas internas

#### **Cirílico como alfabeto oficial (2002) y protección contra la degradación lingüística**

En agosto de 2002, la Duma Estatal aprobó una ley que obligaba a que todas las lenguas oficiales de la Federación Rusa emplearan el alfabeto cirílico, en lugar de los caracteres latinos o árabes que hasta entonces utilizaban algunas minorías, especialmente en la República de Daguestán y la República de Tartaristán, zonas en las que predominan las minorías túrquicas y tártaras. La ley de 2002 fue duramente criticada, al considerarse una medida que no respetaba la autonomía cultural de estas minorías, que son las que más han tendido hacia la latinización lingüística (Sebba, 2006). Se aprobó con 343 votos frente a 15. El uso del alfabeto cirílico como elemento propio de la cultura nacional rusa y su preservación se percibían como medidas necesarias para mantener la integridad territorial. Los movimientos separatistas en un gran número de repúblicas (por ejemplo el conflicto de Chechenia) han sido una de las grandes preocupaciones de Moscú. Así, la cohesión de todas las lenguas de la Federación Rusa bajo un alfabeto común se convertía en el año 2002 en un mecanismo de unidad nacional.

Lo cierto es que, aunque la regulación de las lenguas oficiales sea un aspecto bastante común en la política de estados multiétnicos —como ocurre en el caso de Rusia—, lo que es menos común son este tipo de políticas que establecen o imponen un alfabeto universal para todas las lenguas oficiales. Como bien observa Sebba (2003), durante la época soviética cada república recibía un tratamiento político a medida respecto al uso del cirílico, ya que muchas de las nacionalidades de la URSS tenían una grafía estrechamente vinculada a la fonética de su propia lengua y su propia historia (como ocurría en el caso de Armenia, Georgia o los estados del Báltico).

En la gestación de muchos movimientos separatistas e independentistas, la ortografía se convierte en un poderoso símbolo de identidad nacional y de diferenciación. Moscú, que como ya hemos visto busca nuevas herramientas para mantener la unidad de *Todas las Rusias* y proteger la verdadera cultura rusa, parece utilizar el cirílico para evitar la deriva de determinadas regiones con tendencia separatista.

Además, por otra parte la imposición del cirílico parece convertirse en una forma de contrarrestar la expansión de la grafía latina, que es, a ojos de Moscú, un símbolo de la globalización y de la cultura *pop* occidental (Gorham, 2014: 114-115). Este debate sobre la división entre Rusia y Occidente es bastante extenso y no podemos abordarlo en el presente trabajo, pero sí es importante entender que, desde que Rusia ha recuperado su seguridad económica y social, la distancia respecto a Occidente ha crecido de manera exponencial. La conservación del cirílico se convierte así en una manera de frenar la incursión de la cultura occidental en Rusia, de mantener el legado histórico y cultural y de promover los valores y principios propios del *russkost* (Gorham, 2014; Sebbas, 2003). La latinización se presenta como una amenaza a la seguridad nacional, lo cual tiene unas connotaciones claramente proteccionistas que coinciden con la clasificación de purismo lingüístico de Ralph Ludwig (2000: 167) sobre la protección frente a lo extranjero.

Este tipo de medida, tanto unificadora como proteccionista, está en la línea de otras políticas que el Kremlin ha llevado a cabo respecto a la prohibición del uso de extranjerismos y vulgarismos en los medios de comunicación. A modo de ejemplo, en agosto de 2002 la Duma volvió a aprobar una ley que buscaba regular el uso público del ruso y limpiarlo de extranjerismos. Esta medida, que se aprobó oficialmente en diciembre de 2002 con 371 votos a favor y ningún voto en contra, prohibía que periodistas y publicistas utilizaran vulgarismos, palabras abusivas o peyorativas y términos extranjeros, tanto en el discurso público como en los nombres y designaciones de organizaciones. Además, limitaba el uso del *mat*, que es el argot ruso y un importante símbolo cultural de la liberalización postsoviética (Evrofeyev, 2003).

Aunque recibió, como es de esperar, duras críticas por parte del colectivo más artístico de la sociedad rusa, los redactores de esta ley, entre los que se encontraba Kaadyr-ool Bicheldei, que también participó en la elaboración de la Ley de 2002 sobre el cirílico, sostenían que el objetivo de la misma era enriquecer la cultura espiritual de todos los pueblos de Rusia a través de la protección del lenguaje (Sebba, 2003: 18), lo que, desde nuestro análisis, podría entenderse como un síntoma de vitalidad etnolingüística y de purismo lingüístico.

Asimismo, en 2005 se volvió a aprobar una ley (*O gosudarstvennom iazykeque*) que restringía aún más el uso de extranjerismos y vulgarismos en el ámbito laboral, lo

que nos muestra que estas medidas puristas y proteccionistas no son una cuestión coyuntural, sino que existe una continuidad que busca resultados a largo plazo.

Por tanto, podemos observar cómo se emplea una vez más la protección de la lengua como mecanismo de unidad nacional, a fin de crear un espacio cultural y educativo homogéneo y sólido. Muchos defensores entendían estas medidas como un mal necesario para evitar la americanización de la sociedad rusa a través de los medios de comunicación. Esto entronca con el uso que Estados Unidos hace de la cultura popular americana a través del cine, la música, la prensa y la comida, entre otros, para ampliar su influencia en todo el mundo (Schulz, 1998; Haillin y Mancini, 2004; Manheim, 1994). Este tipo de iniciativas políticas están en parte dirigidas a mitigar los efectos de la agresiva diplomacia cultural estadounidense y así proteger la continuidad de la identidad nacional rusa.

Este conjunto de esfuerzos que el gobierno ha llevado a cabo en el ámbito de la regulación lingüística nos muestra la utilidad política que el gobierno de Vladimir Putin ha encontrado en la lengua para su proyecto de construcción nacional (es decir, para fomentar el excepcionalismo y mesianismo ruso), y como elemento de proteccionismo cultural contra la incursión de las ideas y los valores provenientes de Occidente. De alguna manera vemos como se materializa la visión de Harold Schiffman (1996: 5) sobre la construcción cultural, ya que la política cultural y lingüística parece utilizarse para imponer o informar la construcción de una serie de comportamientos, percepciones, prejuicios, sistemas de valores, actitudes y estereotipos relacionados con la lengua rusa. Además, es un proyecto que, dada su connotación nacional, podemos ligar al purismo lingüístico de Ralph Ludwig, ya que se ataca por una parte lo extranjero y por otra los elementos relacionados con los registros más bajos de la lengua. Finalmente, las ideas de Fasold (1985) parecen tener aplicación a este caso, ya que las políticas parecen ir dirigidas a distinguir la cultura rusa de la occidental, lo que significa que se está utilizando como arma de cohesión nacional.

### **Consejo de la Lengua Rusa para el Gobierno de la Federación Rusa (*Sovet po russkomu iazyku*)**

Otro de los ejemplos que ilustran la relación entre lengua, poder e identidad es el Consejo de la Lengua Rusa para el Gobierno de la Federación Rusa. En 1995, bajo el gobierno de Yeltsin, se creó este órgano, que se encargaría de proteger y promover la lengua rusa en el conjunto de la Federación. El Consejo estaba formado por escritores, filólogos, académicos y funcionarios. Periódicamente debían presentar al presidente informes acerca del estado y el desarrollo de la lengua rusa. Del mismo modo, estaban encargados de formular propuestas para mejorar la cultura lingüística en Rusia, que desde 1995 se ha centrado, sobre todo, en la regulación y protección del lenguaje en los medios de comunicación (televisión, cine, radio y prensa), el mundo de los negocios y la publicidad (Gorham, 2014: 113-114).

Sin embargo, el Consejo no gozó de gran reconocimiento o prestigio durante el mandato de Yeltsin, e incluso Kirienko lo clausuró en 1998 debido a problemas económicos y administrativos, lo que nos muestra la poca importancia que se dio a la regulación lingüística durante este periodo. Pero en enero del 2000, con la llegada de Putin a la presidencia, la política del Kremlin respecto al Consejo cambió radicalmente. Esta vez el órgano, que hasta entonces había sido relegado a un segundo plano, recibiría mayor financiación y muchas más competencias legales para agilizar la toma de decisiones y la puesta en marcha de proyectos. Así, el Consejo comenzó a impulsar políticas de concienciación social, como la plataforma de recursos lingüísticos [www.gramota.ru](http://www.gramota.ru) (Gorham, 2014: 114).

Observamos que, con el cambio de gobierno (de Yeltsin a Putin), la lengua empieza a recibir más atención por parte del Kremlin. El fortalecimiento del Consejo es una prueba del poder simbólico que el gobierno percibe en la lengua nacional (que es una herramienta de poder de influencia como de poder instrumental), ya que se lleva a cabo un evidente esfuerzo político para mantener el control sobre el constructo social ruso. Podemos ver con más claridad esta utilidad al repasar las competencias y objetivos del Consejo, que son:

- la asistencia en la aplicación de la política estatal en el ámbito de la promoción y el desarrollo de la lengua rusa;

- la promoción de un enfoque unificado de la lengua, la participación en el desarrollo y la revisión de conceptos, programas e iniciativas dirigidos a los ciudadanos o a las organizaciones públicas;
- la participación en el proceso de información a la ciudadanía respecto a las actividades que los poderes públicos llevan a cabo en el ámbito de la promoción de la lengua rusa;
- la elaboración, apoyo y desarrollo de propuestas sobre la mejora de las actividades que las autoridades ejecutivas llevan a cabo en el campo de la promoción de la lengua rusa;
- la cooperación con los órganos ejecutivos federales, los órganos ejecutivos del gobierno central de la Federación Rusa, las instituciones de educación y cultura, los medios de comunicación, los organismos públicos, y otras asociaciones.<sup>4</sup>

Vemos como las capacidades del Consejo abarcan todos los aspectos de lo social, lo que muestra el interés que se da a la protección de la lengua rusa a partir del 2000. Es también importante subrayar cómo reciben los medios de comunicación una atención especial del Consejo, herramienta fundamental del desarrollo social y lingüístico (Eddy, 2007:115), lo que es un claro ejemplo del poder de influencia que exponíamos en el marco teórico. Como nos dice Gorham (2014: 139), Putin y su cúpula se han convertido en unos expertos del arte de la manipulación de los medios de comunicación. Esta práctica forma parte de la herencia de cultura política de la URSS, y la utilidad que esta herramienta está teniendo a la hora de moldear la opinión pública es trascendental (Gessen, 2012; Lynch, 2011; Judah, 2013).

Este tipo de políticas muestran un carácter proteccionista, que busca el control constante de la vida pública a expensas de la libertad de expresión, y por tanto podemos considerarlo como un ejemplo de purismo lingüístico. Además, las competencias jurídicas que tiene este órgano y la influencia que puede ejercer sobre los medios de comunicación son también un ejemplo del poder instrumental de la lengua en el proyecto político del gobierno ruso. Finalmente, el caso del Consejo nos sirve para comprobar cómo cambia el tratamiento político de la lengua rusa de Yeltsin a Putin, y

---

<sup>4</sup> Reformulación a partir de la traducción de Elena Petrochenko de la página web oficial del Consejo, documento original recuperado el 12 de mayo de 2015 en: <http://government.ru/department/293/about/>

de nuevo la importancia que el actual presidente da a la lengua como recurso primordial de la memoria nacional rusa (De Cillio, Reisigl, Wodak, 1999).

### 3.3 Lenguaje y política exterior

#### **Fondo Russkiy Mir**

Desde el punto de vista académico, el término *Russkiy mir*, que significa «mundo ruso», se ha convertido en parte esencial del estudio de la política exterior rusa postsoviética y la difusión cultural como arma de poder blando. Suele estar ligado a voluntad mesiánica y expansionista de la política rusa en relación con la identidad nacional y la Iglesia ortodoxa. Como bien explica Nicolai Petro, el gobierno ruso entiende este término como una herramienta política para ampliar la influencia política y cultural de Rusia más allá de sus fronteras físicas, mientras que para la Iglesia ortodoxa rusa *Russkiy mir* es un concepto espiritual relacionado con el bautizo del Rus de Kiev, evento histórico que simboliza el inicio espiritual de Rusia (Petro, 2015). Como ya hemos mencionado, la Iglesia ortodoxa rusa desempeña una importante labor tanto política como social, al representar la identidad espiritual predominante de la nación rusa.

No es producto de la casualidad que el Fondo Russkiy Mir haya recibido tal nombre. Fundado en julio de 2007 con «el objetivo de popularizar el idioma ruso que es patrimonio nacional de Rusia y un elemento importante de la cultura rusa y universal, y para apoyar los programas de enseñanza del idioma ruso en la Federación de Rusia y en el extranjero»,<sup>5</sup> este centro se ha convertido en una herramienta indispensable de la política exterior rusa del siglo XXI. El Fondo de dedica a apoyar a organizaciones de habla rusa en el extranjero. Estas organizaciones pueden ser empresas, centros educativos, medios de comunicación, instituciones sociales o religiosas y, en definitiva, cualquier estructura pública o privada ligada a la difusión de la cultura y los valores nacionales rusos.

La diplomacia cultural y pública y el poder blando son prácticas de política exterior relativamente nuevas para la cultura política rusa. Pero el fin de la bipolaridad obligó a países acostumbrados a las relaciones de poder tradicionales, como Rusia, a

---

<sup>5</sup> Fondo Russkiy Mir, *SOBRE EL FONDO "Russkiy Mir"*. Recuperado el 10 de junio de 2015 en: <http://www.russkiymir.ru/languages/spain/index.htm>.

adaptarse a las nuevas normas del juego. Las nuevas estrategias de poder blando buscan: (i) generar confianza a través del conocimiento; (ii) aumentar el aprecio y la admiración cultural; (iii) crear un sentimiento de unión; y (vi) influir sobre el comportamiento (Leonard, 2002). Podemos observar en la ideología del Fondo Russkiy Mir la expresión de estas cuatro características:

»El “Mir” (Mundo) es una comunidad. No importa cuánto critiquen los términos “comunidad”, “conciliarismo”, “colectivismo”, su existencia histórica se ha fundado en una determinada práctica social. La misma práctica que en las últimas décadas que uno de los problemas de la Rusia de hoy es la desvinculación de la sociedad, el individualismo, la destrucción de las relaciones sociales. La tarea de construcción de una sociedad civil es inejecutable sin su reconstitución, reforzamiento, recreación de la comunidad, la unidad en el espacio y la historia. Todos estos procesos comprenden, en el fondo, el concepto de "Russkiy Mir".

»"Russkiy Mir" es el mundo de Rusia. La vocación de cada persona es ayudar a su patria, cuidar de sus seres cercanos. A menudo se suele oír lo que el país podría hacer para la gente. Pero no menos importante es lo que cada uno de nosotros puede hacer por su Patria. De la idea del parasitismo se debe virar hacia la idea de servicio a Rusia.<sup>6</sup>

Al acercar la cultura rusa a través del aprendizaje de la lengua se fomenta el conocimiento de la cultura rusa en el extranjero, lo que crea vínculos de confianza e impulsa la exaltación cultural. Asimismo, se consigue crear una red que conecte a la Federación con la diáspora rusa, y se potencia el sentimiento de unión entre compatriotas. Tomando como referencia a Anderson, este tipo de iniciativas, que tratan de crear vínculos de unión y amistad a través de la lengua muestran el poder que este elemento tiene a la hora de generar un sentimiento de unión y amistad dentro de la comunidad imaginada rusa (Anderson, 1993). Por otro lado, la importancia que el Fondo Russkiy Mir otorga a la lengua rusa en su proyecto de difusión cultural internacional es una prueba del vínculo que existe entre la lengua y la identidad nacional rusa. Esta serie de características convierten la difusión de la lengua rusa en una poderosa herramienta de poder blando; un efectivo mecanismo que puede consolidar la presencia rusa en el extranjero. Por tanto, la naturaleza del Fondo Russkiy Mir nos muestra una vez más la estrategia que actualmente está siguiendo el gobierno

---

<sup>6</sup> Fondo Russkiy Mir. (2008). *Ideología*. Recuperado el 10 de junio de 2015 en: <http://www.russkiymir.ru/languages/spain/Ideologia.htm>



ruso en el ámbito de la política lingüística y la instrumentalización política que se hace de este importante elemento de identidad nacional en la construcción del poder blando de la Federación Rusa.

## CAPÍTULO IV

### Conclusiones

El recorrido teórico y práctico que hemos hecho en el presente trabajo nos ha servido para comprender que, efectivamente, como ya han demostrado numerosos autores, la lengua es un importante rasgo de identidad nacional y que, consecuentemente, puede maximizar el poder político de los gobiernos. Hemos podido comprobar que la mayoría de investigaciones sobre la relación lengua, poder e identidad intentan encontrar en la lengua rusa una expresión de la mentalidad rusa, lo que deriva en conclusiones carentes de fondo. Aunque la semiótica social tenga una larga trayectoria académica y ofrezca diversidad al estudio de la lengua, creemos que en este ámbito es importante que se desarrollen más investigaciones en torno a la dimensión social y cultural de la lengua, ya que nos puede ofrecer una perspectiva más relevante y concisa sobre el poder político y sociológico de este elemento.

A lo largo de este trabajo también hemos podido comprobar que la lengua es un elemento sustancial de la construcción de la identidad, ya que, como dice Castells (2005), nos aporta una sensación de pertenencia, de hogar. Su instrumentalización es, por tanto, un baza fundamental para lograr la unidad nacional y para promover los intereses rusos en el exterior. Así, hemos podido entender que, tal y como nos cuenta Fasold (1985), la lengua es un elemento primordial de la identidad nacional rusa, y que en el caso de la Federación tiene una utilidad relacionada con la cohesión de *Todas las Rusias*. En consecuencia, hemos podido observar cómo, en el plano lingüístico, la protección cultural frente a la injerencia de rasgos extranjeros, el purismo lingüístico, la vitalidad etnolingüística y la fuerza de la lengua como arma de poder blando se convierten en fórmulas esenciales para evitar el fantasma del separatismo y promover los intereses rusos en el exterior.

Asimismo, los casos expuestos sobre política lingüística rusa interior y exterior nos han revelado que actualmente existe la voluntad de instrumentalizar y politizar la lengua rusa. A raíz de los ejemplos expuestos hemos podido comprobar que la regulación

lingüística en Rusia tiene una intención proteccionista y purista (restringiendo la libertad lingüística y expresiva), y una intención unificadora (fomentando la homogeneización lingüística). Este es un método que en un Estado multicultural como Rusia parece funcionar, y que sin embargo tiene unas consecuencias evidentes sobre la libertad de expresión y la protección de las lenguas de las minorías étnicas rusa. No obstante, aquí entraríamos en el extenso debate sobre cuáles deberían ser los límites que el gobierno debe tener sobre el control social a fin de garantizar la paz y la estabilidad. En futuras investigaciones sería interesante analizar los efectos que estas políticas tienen sobre la vida pública rusa y abordar este complejo debate. Asimismo recomendamos ampliar el estudio de la relación entre lengua, identidad y poder a los discursos políticos, ya que el uso que los dirigentes hacen de la lengua podría ampliar nuestra comprensión acerca de la ideología lingüística que predomina en la política rusa, y aportar mayor veracidad a la hipótesis de este estudio.

## Bibliografía

- Abrams, J. R., Eveland, W. P., & Giles, H. (2003). The effects of television on group vitality: Can television empower nondominant groups? *Communication yearbook*, 27, p.193-220.
- Anderson, B., & Suárez, E. L. (1993). *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo* (p. 90). México: Fondo de Cultura Económica.
- Barrington, L. W., Herron, E. S., & Silver, B. D. (2003). The motherland is calling: Views of homeland among Russians in the near abroad. *World Politics*, 55(02), p.290-313.
- Belz, J. A. (2002). Second language play as a representation of the multicompetent self in foreign language study. *Journal of Language, Identity, and Education*, 1(1), 13-39.
- Bourhis, R. Y., Giles, H., & Rosenthal, D. (1981). Notes on the construction of a 'subjective vitality questionnaire' for ethnolinguistic groups. *Journal of Multilingual and Multicultural Development*, 2, p.145-155.
- Bucholtz, M., & Hall, K. (2004). Language and identity. *A companion to linguistic anthropology*, 1, p.369-394.
- Cabrera, J. C. M., & Carlos, J. (2000). *La dignidad e igualdad de las lenguas*. Alianza Editorial.
- Cabrera, J. C. M., & Carlos, J. (2000). *La dignidad e igualdad de las lenguas*. Alianza Editorial.
- Castells, M. (2004). *La era de la información: economía, sociedad y cultura* (Vol. 3). Siglo XXI.
- Castells, M. (2005, 5 de noviembre) La importancia de la identidad. *La Vanguardia*. Recuperado el 16 de marzo de 2015 en: <http://www.iceta.org/mc061105.pdf>
- Codagnone, C., & Filippov, V. (2000). Equity, exit and national identity in a multinational federation: The 'multicultural constitutional patriotism' project in Russia. *Journal of Ethnic and Migration Studies*, 26(2), p.263-288.

- Danilenko, G. M. (1994). The New Russian Constitution and International Law. *American Journal of International Law*, p.451-470.
- De Cillia, R., Reisigl, M., & Wodak, R. (1999). The discursive construction of national identities. *Discourse & Society*, 10(2), p.149-173.
- Eddy, A. A. (2007). *English in the Russian context: a macrosociolinguistic study*. ProQuest.
- Evrofeyev, V. (2003). The unique power of Russia's underground language. Letter from Moscow, *The New Yorker*. Traducción de Andrew Bromfield. Recuperado el 8 de mayo de 2015 en: <http://www.newyorker.com/magazine/2003/09/15/dirty-words-2>.
- Fairclough, N. (1998). Political discourse in the media: An analytical framework. *Approaches to media discourse*. Oxford: Blackwell, p.142-162.
- Fairclough, N. (2001). *Language and power*. Pearson Education.
- Fairclough, N. (2004). Semiotic aspects of social transformation and learning. *An introduction to critical discourse analysis in education*, 2, p.25-236.
- Fasold, R. (1985). What National Languages Are Good for. *ERIC*. Recuperado el 13 de mayo de 2015 en: <http://eric.ed.gov/?id=ED276273>.
- Fearon, J. D. (1999) What is identity (as we now use the word)? *Unpublished manuscript, Stanford University*.
- Fishman, J. A. (1972). Language and Nationalism: Two Integrative Essays. *ERIC*. Recuperado el 15 de mayo de 2015 en: <http://eric.ed.gov/?id=ED080014>.
- Franklin, S., & Widdis, E. (Eds.). (2010). *National identity in Russian culture: an introduction*. Cambridge University Press.
- Gasparov, B. (2004). Identity in language en *National Identity in Russian Culture* de Emma Widdis y Simon Franklin. Cambridge University Press, p.134-148.
- Gessen, M. (2012). *The Man Without a Face: The Unlikely Rise of Vladimir Putin*. Penguin.

Gobierno de la Federación Rusa. (2010) *Censo nacional de 2010*. Recuperado el 16 de marzo de 2015 en: [http://www.gks.ru/free\\_doc/new\\_site/perepis2010/croc/perepis\\_itogi1612.htm](http://www.gks.ru/free_doc/new_site/perepis2010/croc/perepis_itogi1612.htm).

Gorham, M. S. (2000). Natsiia ili snikerizatsiia? Identity and Perversion in the Language Debates of Late and Post-Soviet Russia. *The Russian Review*, 59(4), p.614-629.

Gorham, M. S. (2014). *After Newspeak: Language Culture and Politics in Russia from Gorbachev to Putin*. Cornell University Press.

Hall, S., & Du Gay, P. (Eds.). (1996). *Questions of cultural identity* (Vol. 126). London: Sage.

Halliday, M. A. K. (1978). *Language as social semiotic* (p. 136). Arnold: London.

Halliday, M. A. K. (1993). Towards a language-based theory of learning. *Linguistics and education*, 5(2), p.93-116.

Hallin, D. C., & Mancini, P. (2004). Americanization, globalization, and secularization: understanding the convergence of media systems and political communication. *Comparing Political Communication. Theories, Cases, and Challenges*, p.25-44.

Halperin, C. J. (2006). Rus', Russia and National Identity. *Canadian Slavonic Papers/Revue Canadienne des Slavistes*, p.157-166.

Harwood, J., Giles, H., & Bourhis, R. Y. (1994). The genesis of vitality theory: Historical patterns and discursual dimensions. *International Journal of the Sociology of Language*, 108, p.167-206.

Heller, M. (2003). Globalization, the new economy, and the commodification of language and identity. *Journal of sociolinguistics*, 7(4), p.473-492.

Jernudd, B. H., & Shapiro, M. J. (Eds.). (1989). *The politics of language purism* (Vol. 54). Walter de Gruyter.

Joseph, J. E. (2004). *Language and identity: National, ethnic, religious*. New York: Palgrave Macmillan.

- Joseph, J. E. (2006). Linguistic identities: Double-edged swords. *Language problems & language planning*, 30(3), p.261-267.
- Judah, B. (2013). *Fragile empire: How Russia fell in and out of love with Vladimir Putin*. Yale University Press.
- Katan, D. (2009). Translation as intercultural communication. *Munday J. The Routledge companion to translation studies*. Routledge, p.74-91.
- Katan, D. (2014). *Translating cultures: An introduction for translators, interpreters and mediators*. Routledge.
- Krauss, R. M., & Chiu, C. Y. (1998). Language and social behavior. *The handbook of social psychology*, 2, p.41-88.
- Kuchins, A. C., & Zevelev, I. A. (2012). Russian foreign policy: continuity in change. *The Washington Quarterly*, 35(1), p.147-161.
- Laitin, D. D. (1998). *Identity in formation: The Russian-speaking populations in the near abroad* (Vol. 22). Ithaca, NY: Cornell University Press.
- Lapid, Y., & Kratochwil, F. V. (Eds.). (1996). *The return of culture and identity in IR theory*. Boulder, Colorado: Lynne Rienner Publishers.
- Leonard, M. (2002). Diplomacy by other means. *Foreign Policy*, p.48-56.
- Leprêtre, M. (2002). Language politics in the Soviet Successor States: a brief assessment on language, linguistic rights and national identity. *Papeles del Este: transiciones poscomunistas*, (3), p.2.
- Ludwig, R. (2000). Desde el contacto hacia el conflicto lingüístico: el purismo en el español. Concepto, desarrollo histórico y significación actual. *Boletín de Filología*, 38(1), p.167.
- Luke, A. (1995). Text and discourse in education: An introduction to critical discourse analysis. *Review of research in education*, p.3-48.
- Luke, A. (1998). Ideology. En *Concise Encyclopaedia of Pragmatics*, Elsevier, p.366-369.

- Lynch, A. (2011). *Vladimir Putin and Russian Statecraft*. Potomac Books, Inc..
- Manheim, J. B. (1994). *Strategic public diplomacy and American foreign policy: The evolution of influence*. Oxford University Press on Demand.
- Norton, B. (2010). Language and identity. *Sociolinguistics and language education*, 23(3), p.349-369.
- Nye Jr, J. S. (2011). The war on soft power. *Foreign Policy*, 12.
- Nye, J. S. (1990). Soft power. *Foreign policy*, p.153-171.
- Nye, J. S. (2004). *Soft power: The means to success in world politics*. PublicAffairs.
- Omidi, M., (2014). Profanity, purity and politics: the battle for the Russian language. Recuperado el 4 de junio de 2015 en: <http://calvertjournal.com/comment/show/2777/russia-swearing-ban-foreign-loanwords-language-putin>.
- Pérez de Lope, C. (2015). El poder de ‘Todas las Rusias’: la influencia de la identidad eslava y la identidad contrastiva sobre la política exterior de la Federación Rusa. *Universidad Pontificia Comillas*.
- Petro, N. (2015). Russia’s Orthodox Soft Power. Carnegie Endowment. Recuperado el 12 de mayo de 2015 en: [http://www.carnegiecouncil.org/publications/articles\\_papers\\_reports/727](http://www.carnegiecouncil.org/publications/articles_papers_reports/727).
- Posner, R. (1991). Society, civilization, mentality: Prolegomena to a language policy for Europe. *A language policy for the European community: Prospects and quandaries*, 61, p.121.
- Puffer, S. (1993). A riddle wrapped in an enigma: Demystifying Russian managerial motivation. *European Management Journal*, 11(4), p.473-480.
- Pullum, G. K. (1991). *The great Eskimo vocabulary hoax and other irreverent essays on the study of language*. University of Chicago Press.
- Rengger, N. J. (1997). The Return of Culture and Identity in IR Theory. Yosef Lapid and Friedrich V. Kratochwil, eds. Boulder: Lynne Rienner, 1996, pp. viii, 255. *Canadian Journal of Political Science*, 30(01), p.199-200.

- Rivera, D. W. (2006). The Russian elite under Putin: militocratic or bourgeois? *Post-Soviet Affairs*, 22(2), p.125-144.
- Rozina, G., & Karapetjana, I. (2009). The use of language in political rhetoric: Linguistic manipulation. *Süleyman Demirel Üniversitesi Fen-Edebiyat Fakültesi Sosyal Bilimler Dergisi*, (19).
- Ryazanova-Clarke, L., & Wade, T. (2002). *The Russian language today*. Routledge.
- Sapir, E. (1954). *El lenguaje: introducción al estudio del habla* (Vol. 96). Fondo de cultura económica.
- Sapir, E. (1985). *Selected writings of Edward Sapir in language, culture and personality* (Vol. 342). University of California Press.
- Saunders, T. J. (1994). *Hollywood in Berlin: American Cinema and Weimar Germany* (Vol. 6). University of California Press.
- Schieffelin, B. B., & Ochs, E. (Eds.). (1986). *Language socialization across cultures* (No. 3). Cambridge University Press.
- Schiffman, H., & Ricento, T. (2006). Language policy and linguistic culture. *An introduction to language policy: Theory and method*, p.111-125.
- Schulz, W. (1998). Media change and the political effects of television: Americanization of the political culture?. *Communications*, 23(4), p.527-543.
- Sebba, M. (2006). Ideology and alphabets in the former USSR. *Language problems & language planning*, 30(2), p.99-125.
- Seifrid, T. (1994). Getting across: Border-consciousness in Soviet and émigré literature. *Slavic and East European Journal*, p.245-260.
- Serra i Massansalvador, F. (2005). *Rusia, la otra potencia europea*. Fundació CIDOB, p.102-103.
- Shevtsova L. F. (2007). *Russia--lost in transition: the Yeltsin and Putin legacies*. Carnegie Endowment.



- Sims-Schouten, W., Riley, S. C., & Willig, C. (2007). Critical Realism in Discourse Analysis: A Presentation of a Systematic Method of Analysis Using Women's Talk of Motherhood, Childcare and Female Employment as an Example. *Theory & Psychology, 17*(1), p.101-124.
- Sokol'skii, A. A. (1966). *A history of the Russian language*. Madrid: Tavarilla, p.15-24.
- Stryker, S., & Burke, P. J. (2000). The past, present, and future of an identity theory. *Social psychology quarterly, p.284-297*.
- Trager, G. L. (1959). The systematization of the Whorf hypothesis. *Anthropological linguistics, p.31-35*.
- Tsygankov, A. P. (2013). *Russia's foreign policy: change and continuity in national identity*. Rowman & littlefield publishers.
- Warschauer, M. (2000). Language, identity, and the Internet. *Race in cyberspace, p.151-170*.
- Wendt, A. (1994). Collective identity formation and the international state. *American political science review, 88*(02), p.384-396.
- Wendt, A. (1999). *Social theory of international politics*. Cambridge University Press.
- Whorf, B. L. (1944). The relation of habitual thought and behavior to language. *ETC: A Review of General Semantics, p.197-215*.
- Zubelzú, G. (2007). Entender a Rusia a través de sus fuerzas profundas: dificultades y desafíos de una reflexión recurrente. *Revista Brasileira de Política Internacional, 50*(1), p.102-120.